



## Editorial

### Los intocables de la sigillée vraie

A veces es verdaderamente descorazonador comprobar en qué medida la arqueología académica —y los que la integramos— se ha mostrado impermeable a incorporar nuevas propuestas interpretativas resultado de años de trabajo y estudio, aun cuando eso suponga vadear las obligaciones deontológicas impuestas por la adopción del método científico. Las razones pueden ser varias: la reproducción acrítica de esquemas obsoletos, el malentendido “respeto” hacia modelos explicativos institucionalizados —y sus pergeñadores—, así como el escaso peso de la discusión epistemológica a favor del tecnicismo y la hiper-especialización, han impedido, entre otros, la aplicación más o menos novedosa de ciertos marcos teórico-metodológicos y, en consecuencia, de nuevas preguntas.

Este comportamiento ha percutido a muchos niveles y esferas de la investigación acerca de los estudios ceramológicos en la Antigüedad. Ejemplo de ello son los escasos estudios tecnológicos en torno a la elaboración de cerámicas *sigillatae* de época romana en el Mediterráneo occidental o el debate, prácticamente inexistente, alrededor de las cronologías establecidas y asumidas para la producción y circulación de las estas mismas vajillas en la vertiente autóctona del fenómeno en la Península Ibérica.

En esta ocasión queremos poner el foco sobre lo primero, sobre cómo en contra de los datos concluyentes de la relectura crítica de las fuentes historiográficas, de la implementación de la rutina analítica arqueométrica y de la misma evidencia material como base constitutiva de la Arqueología, se ignoran y, por ende, se desacreditan sistemáticamente aquellas proposiciones interpretativas que propugnan una actitud disruptiva con lo establecido. Por la otra parte, no se trata de poner en cuestión la misma verdad en un alarde desmedido de posmodernidad. Pero sí de poner en valor propuestas alternativas que se muestran mejor sustentadas en el estado actual de los conocimientos y en los medios técnicos que ayudan a generarlo.

Ganando en concreción, esto se hace especialmente evidente cuando arañamos con curiosidad el encofrado que sostiene desde la década de los años 80 del siglo pasado la construcción del manido modelo francés del *grand four* de la Graufesenque, el modo de cocción C y la *vraie sigillée*. Con este pilastrado se pretendía dar explicación a las soluciones técnicas y procedimientos de cocción puestos en práctica por los artesanos y maestros horneros de *Condatomagus*. Es un detalle que muchas veces ha pasado desapercibido, pero aquel famoso gran horno sólo conservaba intacta, y de manera parcial, su infraestructura, es decir, la cámara de combustión. A partir de ahí no hay más que una propuesta, acaso muy arriesgada —y especulada—, de parrilla y cámara de cocción de planta cuadrangular en la que se alzaba un “bosque” de columnas mediante el apilado de *tubi* y otros materiales de construcción techado por una cubierta a dos aguas. En este sentido, basta con señalar que los últimos estudios estructurales, nos ponen sobre aviso acerca de algo que todos aquellos que nos dedicamos al análisis de este tipo de piroestructuras productivas no hemos de olvidar: en ocasiones, no existirá necesariamente una correspondencia morfológica entre infra y superestructura. Por tanto, y como se ha afirmado recientemente, el ejemplar de Aveyron quizá ni siquiera fuese de planta cuadrangular en su mitad superior. Esto último lo haría encajar de manera más natural y menos forzada en la morfología que parece describirse cada vez en más localizaciones para este tipo de hornos provistos de conductos y elementos radiantes dispuestos periféricamente o perimetralmente junto a la cara interna del laboratorio (*four à tubulures*). Se tratarían, como se



han dado en llamar, hornos de cocción indirecta, en evidente contraposición a los tradicionales hornos de tiro vertical directo.

Teóricamente, y como otro de los puntos de anclaje del modelo tradicional, es en estos hornos de conductos —también conocidos en el norte de la península ibérica— donde tendría lugar el modo de cocción C por el cual las piezas se cuecen en un ambiente que, en todas sus fases, se mantiene oxidado sin la posibilidad de reducciones episódicas. Recordemos que los modos A y B, especialmente el primero, quedan para definir los procedimientos más convencionales en los que se intercambiaban las fases de cochura con ambientes distintos y que, en buena lógica, requerirían de menores destrezas técnicas por parte de los *magistri figuli*.

Ahora bien, en relación a este planteamiento hay que hacer algunas matizaciones de fuerte calado. La primera de ellas, tiene que ver con el mencionado horno de Millau —piedra angular del modelo francés—, el cual parece haber sido ideado, por sus investigadores y en sus partes no conservadas, con una clara intención de servir de validación material a la propuesta piconiana de los modos de cocción y su variante C; es decir, que creemos que debe entenderse como una (re)construcción *ad hoc*. Según esa misma concepción tecnológica, la manufactura de la llamada *sigillée vraie* de barnices que impermeabilizan y le dan mayor resistencia mecánica al manufacto (*vernís grésés*)<sup>1</sup>, nunca habrían sido posible sin el concurso de los hornos de elementos radiantes y el modo de cocción C, ambas privativos de la producción de cerámicas *sigillatae*. Este es un extremo a día de hoy desautorizado por la evidencia material en todas sus vertientes: la producción de *sigillatae* en los términos definidos por los académicos franceses sí es posible, en contra del criterio de aquellos, en hornos de tiro vertical y sin el empleo de conductos, tal como ha quedado bien demostrado para el caso de Los Villares de Andújar; los hornos de conductos perimetrales, indisolubles *a priori* del modo cocción C, no son privativos de esta clase cerámica —se conocen en talleres donde no se confeccionaron barnices rojos— y no deben entenderse como parte de un procedimiento exclusivo para la obtención de buenos acabados, sino más bien como un recurso para dotar de mayor eficiencia térmica a estas termoestructuras, según ya hemos planteado nosotros mismos; ya entonces, mientras se sentaban las bases de este esquema, otros autores inexplicablemente ignorados ponían la atención sobre la posibilidad de conducir cochuras predominantemente oxidantes que, como parece confirmar el registro isturgitano, harían posible la obtención de piezas consideradas a todos sus efectos como auténtica *sigillata* (*sigillée vraie*). Sobre otros muchos de los puntos que componen la propuesta gala, por ejemplo, la Arqueología Experimental también ha evidenciado las disfunciones de esta y la imposibilidad de alcanzar y mantener, incluso en dispositivos experimentales de escala reducida, las temperaturas propugnadas para el modo de cocción C. Sencillamente no es posible desarrollarlas de manera controlada y sin un consumo disparatado de combustible leñoso cuando el calor es conducido directamente al exterior a través de las columnas de conductos. También en relación a esto hemos planteado ya algunas hipótesis fácilmente contrastables.

Desde entonces hemos asistido a la transmisión irreflexiva de un esquema, el francés, que difícilmente se ha visto expuesto a reformulaciones en las últimas cuatro décadas, salvo algunos tímidos intentos rápidamente sofocados. Ni siquiera aquellos investigadores de nuevo cuño,

1 No estamos teniendo en consideración ahora las producciones con revestimientos semi-sinterizados no vitrificados propias, por ejemplo, de talleres menores cuyos productos son objeto de una comercialización a corta distancia.



tan estrechamente conectados al desarrollo y aplicación de las técnicas arqueométricas, se han atrevido o han querido dar el paso, absortos en la aplicación de novedosos aparatajes a aspectos concretos de la producción de *sigillatae* y la consiguiente acumulación indiscriminada de datos poco significativos *per se*. Es cierto que da igual cuan bueno sea el equipo y/o las rutinas analíticas si las preguntas no son las adecuadas o si estas están lamentablemente condicionadas por apriorismos monolíticos. Pero los agentes de esa desafortunada transmisión también juegan en otras canchas. Hemos observado, no sin cierto asombro, cómo en lo concerniente a la serie itálica aretina de barnices rojos sinterizados el registro arqueológico se ha querido, por decirlo amablemente, acomodar a la propuesta tradicional, incluso cuando también allí, como en otros polos productivos occidentales como el suburbio isturgitano, se hace más que evidente la ausencia de evidencias materiales en ese registro con las que apoyar la prosecución de cochuras en modo C en los, hasta ahora, hornos aretinos de tiro vertical directo.

Por ir acabando, el propio modelo sometido a crítica en estas líneas, tanto en lo relativo a la interpretación de las estructuras de combustión como a los procedimientos de cocción llevados a cabo en ellos, se presta a un ineludible ajuste y revisión. Es conveniente valorar en su medida, entre otras aristas, el fenómeno de la aparición de los hornos de tubos perimetrales, la mecánica de funcionamiento y, sobre todo, la determinación de las necesidades técnicas y económicas que subyacen a su surgimiento e implantación: véanse muy alta demanda, poca disponibilidad relativa de tiempo en la preparación de las materias primas, necesidad de desarrollar elevadas temperaturas por encima de la media y minimización de fallas. Todo en el marco de aplicación de un criterio que hoy denominaríamos, no sin argumentos, de “eficiencia económica”.

**PABLO RUIZ MONTES**

Universidad de Granada

prmontes@ugr.es